

La lectura como acto fundador

ALBERTO MANGUEL

Hay ciudades que comienzan con unos pocos libros. Mi Buenos Aires es un ejemplo de estos milagrosos actos lectores. El adelantado Pedro de Mendoza no funda Buenos Aires sólo con la cruz y la espada, sino que también trajo consigo varios tomos que fueron de alguna manera su primera biblioteca. Cito el escueto catálogo: «siete libros medianos guarnecidos de cuero negro», «un libro de Erasmo», un Petrarca, «un librete chico dorado que dice en él Virgilio» y «un libro que es Bridía guarnecido en pergamino». Parece que De Bridía era un historiador del siglo XIII que escribió una detallada crónica de los pueblos tártaros del Asia septentrional. A juzgar por estos títulos, podríamos pensar que Pedro de Mendoza quiso que en la fundación de su ciudad estuviesen presentes los fantasmas de un ecléctico grupo de escritores: pensadores de una religión que no era la suya, como el reformista Erasmo, poetas de otras lenguas y de otros países, como Petrarca y Virgilio, colegas exploradores como De Bridía, aventurero en un lejano norte opuesto al lejano sur. Podríamos imaginar que para Pedro de Mendoza, contemporáneo de Alonso Quijano, el mundo intelectual era uno solo: en otras palabras, que en cualquier empresa particular debe intervenir lo universal. Podríamos pensar que su impulso fue el de dar a la nueva ciudad el fundamento de una biblioteca y asegurarle así a Buenos Aires una suerte de inmortalidad.

Desgraciadamente no fue así. Los libros de Mendoza existieron pero la fundación se hizo pensando menos en la libertad intelectual de sus futuros habitantes que en la ocupación de tierras ajenas, menos por un impulso humanista que por un deseo de rapiña y de fama. La epopeya de Mendoza, como sabemos, terminó mal. Viejo, ineficaz, sifilítico, Mendoza murió en el camino de regreso a España y la ciudad que quiso fundar, como el primer borrador de un ambicioso texto, fue relegada al basurero de la historia.

La presencia de libros entre las primeras señas de identidad de un pueblo no es frecuente en los cronistas. Las autoridades en el poder, siempre y en todas partes, se han interesado más en montar maquinarias económicas cuya sola meta es el beneficio financiero, y menos o casi nada en promover el desarrollo intelectual y artístico de la sociedad que gobiernan. La España de

Mendoza no fue una excepción. Describiendo las acciones de los españoles en el Nuevo Mundo, el padre Bartolomé de las Casas hizo esta contundente acusación: «La causa por la que han muerto y destruido tantas y tales y tan infinito número de ánimas los cristianos, ha sido solamente por tener por su fin último el oro y henchirse de riquezas en muy breves días y subir a estados muy altos y sin proporción de sus personas». Lo han hecho

por la insaciable codicia y ambición que han tenido, que ha sido mayor que en el mundo se pudo, por ser aquellas tierras tan felices y tan ricas, y las gentes tan humildes, tan pacientes y tan fáciles a sujetarlas; a las cuales no han tenido más respeto ni de ellas han hecho más cuenta ni estima (hablo con verdad por lo que sé y he visto todo el dicho tiempo), no digo que de bestias (porque pluguiera a Dios que como a bestias las hubieran tratado y estimado), pero como y menos que estiércol de las plazas.

Muchos de los conquistadores a los que acusa el padre De las Casas eran lectores como Mendoza, y quizás su ejemplo sirva para entender que poseer libros y ser lectores no basta cuando se trata de aprender cómo actuar con el respeto y la estima del otro, y cómo buscar justicia en un mundo persistentemente injusto.

Los libros que Mendoza trajo al Nuevo Mundo no fueron sometidos al escrutinio de la aduana española, pero ya en 1506, el rey Fernando había ordenado «para la buena gobernación de las Indias» que se prohibiera la venta de libros «que tratan lo profano y materias inmorales que los Indios no puedan leer». A pesar de repetidos y severos decretos como éste, miles de libros que trataban de «lo profano y materias inmorales» llegaron a las Américas en las décadas siguientes. Y entre estos pasajeros clandestinos, se encontraba, como era de esperarse, uno de los grandes *best-sellers* del siglo diecisiete, *Don Quijote de la Mancha*, cuya presencia en estas tierras está atestiguada desde su primera edición en 1605. Tan popular fue la figura del heroico caballero en las Américas que, en 1607, dos años después, en el altiplano del Perú, el corregidor de la mina de Pausa montó en honor del nuevo virrey un espectáculo que culminaba con la aparición de un personaje reconocido por todos los presentes, Don Quijote y su rotundo escudero.

A más de cuatro siglos de distancia, resulta sorprendente la ineficacia de los esfuerzos de censura de la Corona y de la Iglesia. En 1608, las autoridades de Buenos Aires escribían a la Santa Inquisición en Lima (que tenía autoridad sobre el Río de la Plata) para informarle que barcos de Flandes y Portugal llegaban a la ciudad trayendo escondidos en barriles y cajones libros prohibidos. La respuesta del Santo Oficio fue que se castigase enérgicamente a

los ofensores, pero de poco sirvieron las santas órdenes: los libros prohibidos siguieron llegando a las nuevas tierras para la instrucción y el deleite de los incipientes criollos. Un ejemplo argentino: ejemplares de las primeras ediciones del Quijote fueron conservados en la pequeña biblioteca del pueblo de Yaví en Jujuy, de donde fueron robados en el 2001, y seguramente no porque a los ladrones les importara su valor literario o moral.

Ocho años antes de que la primera parte del *Quijote* saliese de la imprenta en Madrid, el obispo de Tucumán, Fernando de Trejo y Sanabria, sí pareció interesarse por los aspectos morales de este tipo de ficciones. En una resolución promulgada en 1597, el obispo decreta que será excomulgada toda persona, hombre o mujer, de cualquier clase social, que tenga en su posesión toda obra poética inmoral y vulgar, y toda novela de caballería, porque éstas alientan en la mente de los lectores deseos lascivos e impuros, y falsas y absurdas fábulas. Merece la pena preguntarse qué quería decir el buen obispo con estos severos adjetivos.

Es harto sabido que Cervantes declara que su invención es un intento de acabar con las tonterías promulgadas por la literatura de caballería, historias, dice él, «fingidas y disparatadas». No sabemos si logró este declarado propósito: al fin y al cabo ¿qué son Batman y el Hombre Araña sino émulos del Caballero de la Ardiente Espada y de Florimonte de Hircania? Lo que sí sabemos es que su creación superó y escapó a este intento moralizante, y que Don Quijote es otra cosa que una parodia de mala literatura.

¿Quién es Don Quijote? Ante todo, un lector, un lector de novelas de caballería, es cierto, que hasta vende «muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer», pero también lector de muchas otras obras que son citadas a lo largo de sus aventuras, de escritores que comparte con su propio autor, el docto Cervantes: Homero, Aristóteles, Virgilio, Ariosto, Boccaccio...

¿Qué nos dice Cervantes de Alonso Quijano lector? Ya en las primeras páginas de la novela, anota que al viejo hidalgo, «del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio» y

vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo; y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.

Poco a poco, como si el mismo Cervantes se diese cuenta que su personaje es más que una caricatura fantástica, las aventuras de Don Quijote empiezan a transcurrir en un mundo absolutamente real, tangible, terreno, y no en los campos fantásticos del gigante Caraculiambro y del Orlando Furioso. Las lecturas de Don Quijote producen en él un efecto contrario al que produjeron en los conquistadores: éstos quisieron imponer en el Nuevo Mundo los paisajes mitológicos del Viejo —amazonas, gigantes, Eldorado— para mejor justificar la brutalidad del saqueo y la matanza, presentándose como paladines cristianos contra los paganos pecadores. Don Quijote en cambio hace suya la ética caballeresca y combate contra entuertos cometidos por criaturas de carne y hueso, cristianas o no. Su «remedio ordinario» frente a un desafío, nos dice Cervantes, «era pensar en algún paso de sus libros»: su biblioteca le da el vocabulario con el cual enfrentarse al mundo demasiado real.

Hay un cambio fundamental que ocurre en Don Quijote lector a seis capítulos del inicio de la novela, donde se cuenta la purgación de libros que el barbero y el cura hacen en la biblioteca del hidalgo. No contentos de echar los libros rechazados al fuego, tapiaron con un muro la habitación que servía para guardarlos. Cuando Don Quijote va en busca de sus libros, no logra hallar la puerta de su biblioteca, y su sobrina, sirviéndose del mismo vocabulario caballeresco, le explica que un encantador vino una noche sobre una nube e hizo desaparecer la habitación con los libros. Podemos imaginar, nosotros como lectores, lo que sentiría el viejo caballero. La desesperación, la cólera, la ansiedad que sufriríamos nosotros al darnos cuenta que ya nunca jamás podremos volver las hojas de un volumen recordado y querido, ni buscar un verso que la memoria quiere retener inútilmente. Pero Don Quijote es más valiente, más sensato, menos sentimentalmente nostálgico que la mayoría de nosotros. Se resigna a los efectos de la venganza de este encantador («gran enemigo mío», dice, «que me tiene ojeriza») y se queda en su casa, sin comentar más el atroz hecho, durante dos largas semanas. Después, sin decir nada a nadie, contrata a su vecino, un tal Sancho Panza, como su escudero, y una noche, sin despedirse, los dos aventureros salen de sus casas para enfrentarse con el mundo.

¿Qué ha ocurrido? Una vez su biblioteca desaparecida, el lector Alonso Quijano ya no tiene necesidad de sus libros para ser Don Quijote. Ni una sola vez más, durante el transcurso de toda la novela, abrirá las páginas de un volumen cualquiera. Pero esto no significa que renuncie a su gran propósito. Convencido de la necesidad de la ética que sus novelas de caballería le han enseñado, el gran lector ya no necesita sus libros materiales: están impresos en su memoria para siempre, como en una íntima biblioteca virtual. Lector y libro ya son uno sólo.

Dijimos que, si bien la literatura de caballería propone ficciones fantásticas con reglas éticas inmaculadas que todo caballero debe acatar, el mundo en el que se aventura Don Quijote sigue siendo el de Alonso Quijano: duro, infame, peligroso y, por sobre todo, injusto. En su primera aventura, Don Quijote se topa con Andresito, a quien su patrón ha atado a una encina y azota brutalmente porque el muchacho ha tenido la osadía de exigir los nueve meses de sueldo que se le deben. Oyendo esto, Don Quijote ordena al patrón que lo desate y que le pague el dinero debido. Éste, azorado por la apariencia demencial del caballero, promete hacerlo. Andresito le implora a Don Quijote que no le crea, que no cumplirá su promesa, que su castigo será peor que antes, a lo cual Don Quijote responde que el patrón ha jurado acatar sus órdenes «por la ley de caballería» y que no se atreverá a romper tal alto juramento. Por supuesto, en cuanto Don Quijote se aleja, el patrón vuelve a atar a Andresito a la encina y le da tantos azotes que lo deja por muerto. En el mundo real no basta la fe del lector.

Sin embargo, tales consecuencias de sus actos caballerescos, a menudo más nefastas que el mal que Don Quijote quiere remediar, no inhiben al paladín. Ante la injusticia no hay, para un caballero de ley, otra acción que la buscar justicia. «Resistir», escribió un crítico francés de nuestro tiempo, «es liberar la vida de las prisiones creadas por los seres humanos. Esto es, obviamente, lo que los artistas hacen». Podemos agregar que esto es, obviamente, lo que hace Don Quijote.

¿En qué consiste ser justo o injusto en el mundo de Alonso Quijano? La injusticia se manifestó en cada aspecto de la España del Siglo de Oro. Durante el reinado de Fernando e Isabel, España se había inventado una identidad de cristiano limpio, limpieza supuestamente afirmada tras las sucesivas expulsiones de judíos y árabes. Contra esa ficción, Cervantes construye la ficción del Quijote, entregando la autoría de su obra a un escritor árabe, Cide Hamete Benengeli, y haciendo de Ricote, el morisco vecino de Sancho que regresa a escondidas del destierro al que fue condenado, y declara que España es su patria.

Hablando de Argentina en los crueles tiempos de Rosas, y por extensión en todos los tiempos crueles a través de los cuales hemos vivido y seguimos viviendo, Borges escribió que «la crueldad no fue el mal de esa época sombría. El mal mayor fue la estupidez, la dirigida y fomentada barbarie, la pedagogía del odio, el régimen embrutecedor de divisas vivas y muertas». Así en la España de Cervantes, donde la mentira oficial contagió de mentiras todas las capas sociales de la sociedad y permitió a todos sus miembros el torpe placer de la violencia física e intelectual.

En primer lugar, la mentira contagia a los que detienen el poder y que se creen permitido, por su posición autoritaria, de engañar a los otros, como lo hacen los duques con quienes Don Quijote se encuentra, de burlarse hasta la tortura de un viejo loco y de su escudero. También como lo hace el patrón de Andrés, infinitamente codicioso, rehusándose a pagar lo que deben a sus obreros.

En segundo lugar, contagia a la gente del pueblo, como a los gallegos que muelen a palos a Don Quijote y Sancho, o como al barbero que se hace cómplice del engaño para enjaular al viejo hidalgo, o como los guardas de los galeotes encadenados a quienes Don Quijote les dice que «no es bien que los hombres honrados sea verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello».

Y finalmente, contagia a los intelectuales como el bachiller Sansón Carrasco, quien disfrazado del Caballero de la Blanca Luna derrota a Don Quijote y lo obliga a renunciar a sus ambiciones éticas. Estos intelectuales como Carrasco son, me parece a mí, los peores de todos, porque tienen a su alcance los medios para imaginar un mundo mejor, menos injusto, y no lo hacen, o no lo quieren hacer. Carrasco es el prototipo del lector que disfruta de la literatura pero que no cree cabalmente en ella. Es como era Pedro de Mendoza —y confieso que yo también, más veces de las que quiero acordarme, he sido así: incapaz de volcar en sus actos las lecciones de sus libros. No sólo descreo Carrasco de la capacidad redentora de la ficción, y de la posibilidad que ésta ofrece a sus lectores de ser más inteligentes, menos egoístas, menos arrogantes, más compasivos, sino que obliga a Don Quijote a descreer también de ella. Y cuando el caballero, fiel a su promesa, abandona su lucha contra la injusticia y se vuelve a su casa, curado (por decirlo así) de su aparente locura, deja de ser Don Quijote, deja de ser el lector iluminado que fue, y muere como el mero Alonso Quijano. O quizás no. Al final de la segunda parte, cuando «entre compasiones y lágrimas» el viejo hidalgo da su espíritu, Cervantes, como incapaz de resignarse al sacrificio de su criatura, vuelve a nombrarlo Don Quijote. Y es bajo ese nombre, fruto de las lecturas, que lo recuerdan las generaciones sucesivas.

He mencionado los primeros Quijotes que llegaron a América de contrabando. De alguna manera, estas maniobras contrabandistas a la sombra de la voluntad autoritaria, reflejaban el libro aún por leer. Porque esencialmente, a partir del momento de su concepción, Don Quijote de la Mancha es un libro subversivo. Contra la autoridad arbitraria de los nobles y los ricos, contra el egoísmo y la infidelidad de la gente de pueblo, contra la arrogante equivocación de los letrados y universitarios, Don Quijote insiste que

el principal deber de un lector es actuar en el mundo con honestidad moral e intelectual, sin dejarse convencer por eslóganes tentadores y exabruptos emotivos, ni creer sin examinar noticias aparentemente veraces. Quizás ese modesto principio suyo pueda hacernos, como lectores en esta sociedad caótica en la que vivimos, más tolerantes y menos infelices.